

## GERMÁN CASTRO

«NO QUIERO SER DIRECTOR DE NADA, SINO... ¡REPORTERO!»

Acusado de contrarrevolucionario, de mafioso, de revolucionario, de espía de los servicios secretos y sentenciado a muerte por grupos de derecha y de izquierda, Germán Castro no es nada de lo que lo acusan sino un desmesurado reportero que se conoce la geografía humana del país de pe a pa.

Con once libros a cuestas -el último, «En secreto»-, más de 700 programas de televisión y una veintena de premios y

reconocimientos, este periodista que está cumpliendo 30 años de ejercicio profesional -comenzó en La República escribiendo de toros- no descansa un segundo en su actividad y en estos instantes cocina otros dos libros porque definitivamente tiene el ánimo de escritor en su punto máximo.

Pero no de guerrilla ni de coca. Nada de violencia porque «yo creo que tanto los periodistas como el país quieren otras cosas. Yo creo que hay que escribir cosas bellas. El país tiene cosas bellas, positivas. Pienso además que el periodismo en Colombia está pasando por una distorsión profesional en la que solo lo malo es noticia. Terminan los noticieros, y uno queda desmoralizado».

—¿No será que lo que es noticia es lo anormal?

—No. Noticia es lo bueno y lo malo. Pero aquí se quedó en lo malo. Llevamos un año leyendo solo de asaltos guerrilleros y del Proceso 8.000.

Su primer trabajo como periodista fue titular cables internacionales, donde aprendió a hacer leads o encabezamientos. Al año de estar trabajando en La República, casi lo despiden por baja producción pues nunca aprendió a manejar fuentes debido a su impaciencia. Entonces Alfonso Alzate lo liberó de las fuentes y lo puso a hacer crónicas. Y ahí se quedó.

—¿Faltan cronistas?

—Sí. Pero además el periodismo atraviesa por otro problema: yo respeto mucho las facultades de comunicación, a los estudiantes. El problema es que no se están formando periodistas sino comunicadores. El periodista es diferente al comunicador.

—¿Cuál es esa diferencia?

—Me parece que el comunicador está muy bien formado como analista. Y el periodista es un narrador que para escribir necesita una noticia, un reportaje o una crónica. El arte está en hacerlo en orden y completo, y transmitir las sensaciones que provoca tal o cual hecho. Los comunicadores, valga la redundancia, no cuentan el cuento.

—Bueno, ¿entonces qué opina del periodismo actual en Colombia?

—La gente nueva no ha encontrado el periodismo. Creo que buena parte de la prensa resolvió sentarse en el escritorio a esperar el anónimo para disparárselo a alguien en lugar de salir a buscar la noticia. Está lleno de pasión, además. Entonces, si se pensara que el periodismo como oficio que tiende a acercarse a un concepto científico, no lo es: o sea la búsqueda permanente, la precisión, la vivencia intensa. Se

volvio al periodismo que yo encontré en los 60s., el del comunicado; ahora anónimo junto al cassette apógrifo y escribiendo lo que se les ocurre que está ocurriendo, y no verificando. Está en crisis y las facultades de periodismo tienen que enseñar periodismo y no comunicación. Pero existe otro problema...

—¿Cuál?

—La arrogancia de los comunicadores. No los deja ser periodistas. Tienen que aprender a ser sencillos y que la comunicación no es periodismo. Precisamente una arrogancia que cubre su ignorancia sobre los fundamentos del periodismo.

—¿Solución rápida?

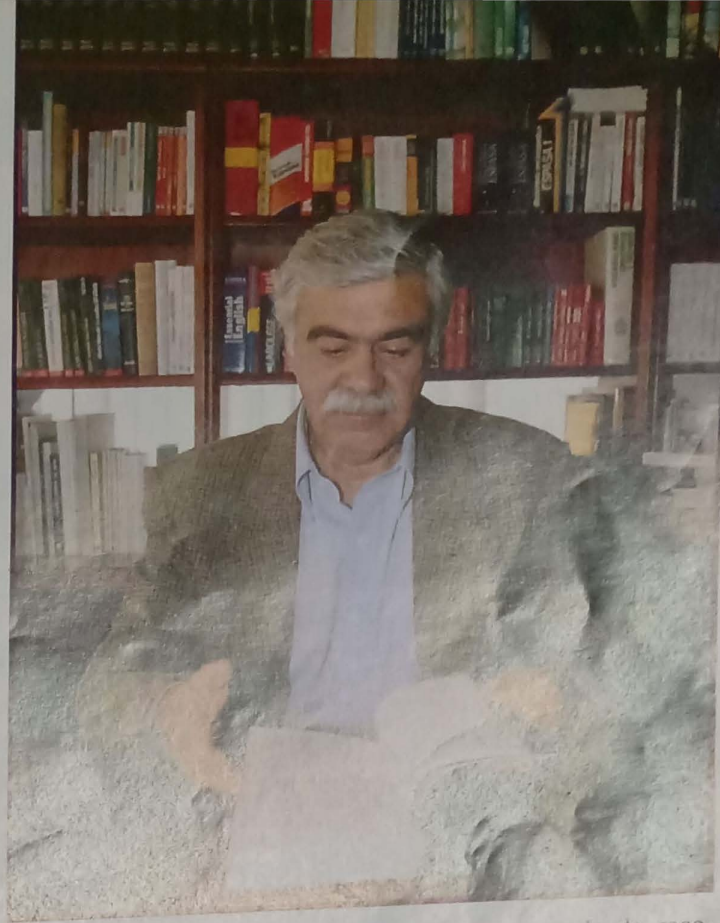
—Unos exámenes mucho más detenidos en las escuelas de formación periodística. A las facultades llegan mucho más con la ilusión de ser presentadores que con ese deseo profundo, primero de trabajar en una profesión que es maravillosa y estar convencidos que el periodismo casi que es un servicio social, por lo cual no debe haber subterfugios ni bobadas. Cómo es posible que en las facultades todavía hablen de que si hay o no objetividad. Desde luego que no la hay, ni la hubo ni la habrá mientras seamos seres humanos. Hay otros conceptos, como el de la precisión, pues nadie cuenta la verdad sino su versión.

—¿Por qué dejó la cátedra universitaria?

—Dejé de ir porque vi en los estudiantes un bajísimo interés en el sentimiento como periodistas; no vibran para ser periodistas.

—¿Una síntesis del libro que comienza a trabajar en este mes?

Hay un amigo -Orlando- que conoce bien la historia de España y se va a vivir tres años allá, en la Calle de Lavapiés, en Madrid. Conoce al hombre de la tasca, al gitano, a la vendedora de lotería. Un día enferma de gota. Completa tres días sin poder dejar la habitación. La gente lo cree muerto. La lotera va a visitarlo, toca la puerta. El hombre se bota de la cama. Se arrastra. La mujer, que se llama Rosario Batanero y tiene 69 años, lo cuida durante una semana. Al final, Orlando, ya recuperado, le dice que la quiere ayudar. «Sí», dice ella. Y le cuenta que durante la guerra civil española ella tenía 15 años y era activista roja y por eso la sentenciaron a morir. Logra escapar y aparece en Barranquilla. Remonta el Magdalena y llega a Bogotá, barrio La Candelaria. La agarra el 9 de abril, huye a la zona cafetera como chapolera. Allí, un hombre la engaña y la deja embarazada. El se va con la hija y pasan varios años hasta que, muy pobre, la Casa de España y la embajada la



devuelven a su país. Orlando, en seis meses, descubre a la hija, de 32 años, y ahora viven las dos. La editorial me va a patrocinar la traída de Rosario y su hija para revivir los caminos que anduvieron en Colombia buscándose.

El libro, con ayuda de reconocidos arquitectos, rescatará la historia de Lavapiés y La Candelaria. Y se referirá asimismo a los horrores de la Guerra Civil de España y al 9 de Abril en Colombia.

